

# EL IDEAL MODERNO

ÓRGANO DE INTERESES LOCALES Y GENERALES.—Ciencias, Artes, Industria, Comercio, Agricultura, Noticias y Anuncios

2.<sup>a</sup> época.—Año III.

Mataró.—Domingo 20 de Mayo de 1883.

Núm. 20.

Suscripción al mes. . . . . 2 rs.

Números sueltos. . . . . 6 cuartos.

Anuncios y comunicados, á precios convencionales.

REDACCION Y ADMINISTRACION: San José, 34.

Para suscripciones y anuncios del extranjero: Gustavo Bentfeldt, Madrid.

## SATISFACCION AL SEÑOR CLARITO

Se la damos tan cumplida como la merece por haber nosotros tomado *el rábano por las hojas*, segun asi lo dice tan claro señor.

En que tache nuestro artículo, á él dedicado, de larguísimo, casi veríamos una ingratitude clarita, si no estuviéramos escribiendo para darle mil satisfacciones; porque con decirnos que hemos gastado demasiada tinta ocupándonos del artículo Clarito, viene este señor á suponer modestamente que la cosa no valia la pena; y si esto pensó, no seremos tan descorteses que se lo neguemos, aun cuando se equivoque; porque tal equivocacion seria de poca monta.

Verdaderamente, solo hablamos en nuestro malhadado artículo, de procesos formados y seguidos por los tribunales eclesiásticos contra animales por la relacion que esos procesos tienen con las rogativas; y si omitimos mencionar que los tribunales ordinarios cayeron en iguales supersticiones que los primeros, lo hicimos porque no entraba otra cosa en nuestros intentos; no porque el libro de que nos servimos, no refiera y especifique varios procesos de esa especie, fallados por unos y otros tribunales.

Nosotros no dijimos, ni con verdad podríamos decir, que tales *supersticiones* procediesen exclusivamente de la Iglesia Católica; pues ya sabemos que las supersticiones son mas antiguas que la Historia de nuestra Iglesia; y no ignoramos tampoco, que si la *supersticion* es obra de la ignorancia de los hombres de todos tiempos, en fomentar ambas cosas, la ignorancia y la supersticion, se ocuparon eficazmente las falsas religiones anteriores á la nuestra. Pero como á los sacerdotes de las falsas y antiguas religiones, sin solucion de continuidad, han sucedido en este y otros países, otros sacerdotes, para nosotros, tan verdaderos como lo fueron aquellos otros para los hombres de entonces; habiendo los sacerdotes anteriores á los de la Iglesia Católica, encontrado los efectos de la falsedad, arraigadísimos en los ánimos, la Iglesia no pudo de pronto extirparlos; sino que obrando con gran prudencia, le ha sido preciso combatir la supersticion, muy poquito á poco, modificándola hasta el punto en que la vemos. Lo mucho que la Iglesia Católica ha hecho, y lo poco que ha logra-

do en este particular, prueba lo difícil que es abolir la supersticion de los pueblos; pero siempre es de agradecer que hoy no sean tantas, ni tan absurdas como lo eran antiguamente; por mas que los impios no atribuyan estos hechos á la Iglesia Romana, sino precisamente á los enemigos de la misma; á la cual acusan de haber fomentado la supersticion popular, tal como lo hacian las antiguas religiones falsas. Pero, ya se sabe, á los impios los molinos se les antojan gigantes, y los gigantes molinos. Lo que los impios no podrán negar, es que las supersticiones actuales, si bien desgraciadamente, monstruosas y muchas, todavía, no son las antiguas, sino las modernas; lo cual, con toda evidencia, se debe: á la Iglesia y á sus esfuerzos de quince siglos, tanto como á la ignorancia de los pueblos que, en tan largo tiempo, la Iglesia no ha podido desterrar. Por estas razones, muchos pretenden que la Iglesia debe ceder el campo á la enseñanza laica; y yo no sé hasta que punto podrán tener razon. Quince siglos constituyen un gran periodo de prueba; y sin embargo, la ignorancia y la supersticion continúan á la orden del dia.

Si no estuviésemos en el terreno de las satisfacciones, diríamos al señor Clarito, que ha tomado *las hojas por el rábano*, al creer que quisimos presentarle á la contemplacion y adoracion (no tanto) de nuestros lectores, en medio de *chispas, trabucazos, cañonazos, incendios, asesinatos, robos, guerras etc., etc., etc.*; cuando únicamente quisimos hacer constar que todos estos males son producto de la excesiva fé religiosa.

Sentiríamos que el señor Clarito no lo creyese así. En tal caso le recordaríamos que los mártires de todas las religiones, lo han sido por la excesiva fé religiosa de sus contrarios; lo cual el señor Clarito no negará, porque sin salir de la Historia de nuestra Iglesia, hallamos la confirmacion de lo dicho.

Por ejemplo: Cuando el Papa Urbano VI lo era en Roma, y el Papa Clemente VII lo era en Aviñon, hubo el mayor cisma que jamás haya desolado la Iglesia Católica de Occidente; lo cual sabe muy bien el Sr. Clarito. Cada uno de dichos Papas tuvo sus partidarios, quienes poseidos de una tan excesiva, como inconsiderada fé religiosa, se lanzaron en son de guerra, los unos contra los otros; y esto produjo entre las naciones que luchaban, todos los desastres imaginables. «El cisma de Aviñon continuó en los sucesores á ambas sillas, y las guerras no cesaron, ni la obstinacion de los Pontífices tampoco, hasta que los cardenales convocaron un concilio en Pisa, y obligaron á los papas Benito XIII y á Gregorio XII á comparecer á él; pero habiendo los Papas rehusado apersonarse ante aquella asam-

blea, el patriarca de Alejandria, auxiliado de los de Antioquia y de Jerusalem, pronunció en alta voz, en medio de la Basílica, con las puertas abiertas y en medio del pueblo congregado, la sentencia definitiva de deposicion de ambos Papas.» Todo esto es rigurosamente histórico, como no lo ignora el señor Clarito; pero lo que todos ignoramos, y la Historia calla, es cuales, entre esa serie de Papas rivales, fueron los infalibles, cuales los verdaderos y cuales los designados y los inspirados por el Espíritu Santo; siendo evidente, que los unos ó los otros hubieron de ser Papas falsos; por mas que por sus actos, todos fingieron y parecieron ser Papas verdaderos. El Sr. Clarito tampoco ignora que en la historia del Papado, se dá el caso de haber habido tres Papas á un mismo tiempo, cada uno de los cuales pretendia ser el verdadero: Benito IX, que fué elevado á Papa á la edad de doce años, Silvestre III y Juan XX, quienes se repartian los productos de la fé religiosa de los pueblos; el uno en San Pedro; otro en Santa María la Mayor, y el tercero en el palacio de Letran. Todos los Papas mencionados debian tener muy poca fé religiosa: no así sus partidarios, que debieron tenerla colosal, para poder respetarles y creerles representantes de Dios. Y no citamos mas enormidades producidas por la fé religiosa, porque bastan las indicadas para convencer al señor Clarito, que los *trabucazos* y otras yerbas citados en nuestro artículo, no los atribuimos á la fé religiosa del señor Clarito, á quien no creemos capaz de tales cosas, sino á la fé religiosa de los tontos y de los malvados que tomándola por antifaz, como los citados Papas, hacen su agosto á costa de los pueblos ignorantes, crédulos y supersticiosos en demasia.

El señor Clarito nos desconoce cuando dice que esperamos que nuestros lectores griten ¡*mateulo!* Nosotros pertenecemos á una escuela que nunca, ni en broma, escita el pueblo á la matanza; nunca grita ¡*mateulo!*, sino que imitando, en cuanto sabe y puede, al Divino Maestro, grita: ¡*perdonadle que no sabe lo que hace!* Y esto haríamos, y algo mas, si viéramos al apreciable señor Clarito, y aun al mas ruin de todos los hombres, en algun peligro. Ni siquiera pediríamos ¡*que baile!* porque no todo el mundo tiene la gracia de saber bailar; ni todos los lances se prestan á danzas.

Dispénsenos el señor Clarito: nuestra teología ni es parda ni es azul; es incolora. Guárdese como suya, la que le convenga si con ella le va bien; que nosotros nos la ganamos sin teologías de ninguna especie, ni para nada nos hacen falta. Tan solo nos valemos del buen sentido, de la razon natural, de la historia y de la ciencia.

J. Escobet